

LOS QUINTERO

La Lucha. La Obra. El Hombre

Por RAFAEL NARBONA

SEÑORAS, SEÑORES:

Al volver a esta tierra, —donde, por suerte, nací— tras una larga ausencia, un motivo de gratitud hace que venga a ella: mi reconocimiento a esta docta Corporación, que tuvo la generosidad de elegirme miembro de la misma.

Yo tenía, pues, que corresponder a la distinción de que se me había hecho objeto; y pensé que ninguna demostración mejor que la de venir a dar las gracias a las ilustres personalidades que honran con sus méritos esta Academia, en la que todas las manifestaciones estéticas hallan un eco inteligente y cordial.

Decía Miguel de Cervantes que la ingratitud es uno de los mayores pecados del hombre. No olvidé nunca esta sentencia. He visto que los hombres borran de su memoria fácilmente los favores recibidos, pensando, tal vez, que todo lo merecen. Yo pudiera decir, sin vanidad, que lo poco que soy me lo debo a mí mismo, puesto que me lo gané con mi propio esfuerzo. Sin embargo, una distinción se me otorgó, a la que no era acreedor acaso: que esta Academia, por ser cordobés más que por título alguno, me acogiera en su seno.

Tan hidalga deferencia me creaba una deuda de gratitud; y he aquí el motivo por el que yo me hallo ante ustedes, para ofrendarles la lectura de unas cuartillas que no tienen otra importancia que la que ustedes le conceden con su presencia.

He elegido un tema andaluz, ¿cómo no? En primer lugar, porque deseaba rendir un homenaje a la memoria de dos andaluces insignes, a los que me unió un entrañable afecto: Seraffín y Joaquín Álvarez Quintero; en segundo lugar, porque quien honra a su tierra, se honra a sí mismo.

Los andaluces hemos de aunar nuestro esfuerzo para desvanecer el concepto que de nosotros se tiene. Existe dentro y fuera de España una idea poco generosa de nuestra capacidad para el trabajo, de nuestra seriedad y nuestras virtudes. Y, al desestimarnos, por desconocernos, olvidan muchos que Córdoba dió a España sus más altas glorias: desde Séneca y Lucano a Góngora y Juan de Mena; del Duque de Rivas a Juan

Valera; de Mateo Inurría a Julio Romero de Torres,—pintor que supo captar como nadie el alma de nuestra tierra—, y de Lagartijo y el Guerra a Manolete, que paseó en triunfo por el mundo entero el heroísmo glorioso de esta Córdoba grave, señorial y senequista.

Pero... en fin, señoras y señores, no quiero desviarme del motivo de mi disertación, y, como temo cansar a ustedes, pongo punto final a estas palabras, cuyo único objeto era y es el de reiterar mi gratitud a la Academia, y agradecer a todos su asistencia a este acto.

Al hablaros hoy de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, voy a referirme a las tres fases esenciales en un escritor: la lucha, el triunfo y la obra; sin olvidarme de la importancia del hombre, como elemento humano.

Yo creo que no hay conquista que se gane, en lo material o en lo moral, que no lleve emparejada el esfuerzo, el sufrimiento y el dolor.

En el Arte la vocación requiere, por lo general, un temple heroico. Es preciso amar demasiado la gloria humana, para no desertar de sus filas. El triunfo se parece mucho a esas mujeres veleidosas, que, pese a sus fluctuaciones, nos atraen por su inconstancia precisamente.

Sé que me escuchan escritores jóvenes en los que alienta una ambición legítima; y me creo en el deber de decirles que en la lucha literaria se desconoce la tregua. Schopenhauer afirmaba que la vida es una batalla constante en la que se muere con las armas en la mano. En las Letras necesario es también ganar batallas, como el Cid, aun después de muertos.

Conviene que sepan los que sueñan con la Fama, que para conseguirla hay que renunciar a muchas cosas, estar siempre en vanguardia, y vencer, día tras día, esos combates silenciosos que el hombre libra consigo mismo, frente al peligro solitario de que hablaba Stendhal.

En el Arte se da el curioso fenómeno de que, incluso después de conquistado el éxito, nunca se acaba de triunfar del todo. La gloria literaria, contemplada de cerca, es mucho menos codiciosa de lo que nos imaginamos. Cuesta demasiado, y, por grande que sea la recompensa es mayor el esfuerzo que el resultado.

Tiene, en cambio, una ventaja: todo cuanto el escritor es se lo

debe a sí mismo, a su tenacidad y a su talento, y ninguna satisfacción puede compararse a la del triunfo de nuestro propio espíritu; porque, no obstante vivir en una época materialista, lo que prevalece en la vida son los valores espirituales que redimen al hombre de su miseria y ennoblecen su triste condición humana.

* *

*

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero nos ofrecen a través de su lucha, el mejor ejemplo de lo que cuesta alcanzar la victoria.

Los insignes comediógrafos son un caso sin par en la historia de nuestro Teatro.

Cierto día, paseando por la calle de Velázquez con Joaquín Alvarez Quintero, me contaba, nostálgico, las penalidades de sus comienzos.

—Pasamos una juventud muy sombría,—me dijo—. Tuvimos que ser empleados, pequeños industriales, escritores a ratos, pintores de azulejos, retratistas al carbón, caricaturistas; esto es, gastamos lo mejor de nuestro entusiasmo y de nuestras energías en una labor infecunda y penosa, porque la vocación teatral constituía para nosotros una ambición obsesiva, ante la que todo lo demás era secundario y carecía de interés. Tal vez por ello la mayoría de nuestras primeras obras fueron amargas; hasta el punto de que cuando llevamos a Fernando Díaz de Mendoza «La vida que vuelve», nos dijo: —«Muy tristes deben de estar ustedes, jovencitos». Y en realidad lo estábamos... Luego el triunfo nos compensó con creces; pero al escribir «Pepita Reyes», «Los Galeotes», «La Zagala», etc., quedaba todavía en nosotros un sedimento doloroso que con el tiempo se fué atenuando, y se convirtió al fin en franco optimismo y en un concepto alegre y positivo de la vida, que, desde entonces, animó la casi totalidad de nuestra producción; pero, hasta llegar...

Y es que, amigos míos, la Fama es una trinchera inexpugnable a la que solo llegan unos pocos; la mayoría cae en el camino, para no levantarse ya nunca.

Siempre es hermoso soñar en la vida; mas, los sueños, aunque sustentan al hombre, no lo mantienen; podemos fijar la mirada en lo alto, pero sin olvidarnos de que tenemos los pies en la tierra.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero habían estrenado en el Teatro Cervantes de Sevilla dos juguetes cómicos, con lisonjero

éxito. El triunfo les hizo ambicionar un horizonte más amplio; y, con la esperanza de que sus comedias se aplaudieran algún día en Madrid, —que es la que, en definitiva, otorga o niega lá fama— se trasladaron a la Corte, con muchas ilusiones y sin ningún dinero.

No hay nada tan opuesto al temperamento de un escritor como un empleo burocrático; sin embargo, los Quintero tuvieron que acogerse a un destino en el Ministerio de Hacienda, para sacar adelante su hogar. Entre los tres hermanos reunían cuarenta y cinco duros mensuales; y, partiendo de una base tan modesta, se propusieron alcanzar la fortuna y la gloria.

Pedro se convirtió en la sombra tutelar de Serafín y de Joaquín; y los dos muchachos, acuciados por la vocación, se levantaban de madrugada, y antes de marcharse a la oficina se dedicaban a enjaretar comedia tras comedia, con un entusiasmo infatigable. La casa dormía en el silencio; solo la madre, secundando la afición de los hijos, se levantaba a prepararles el desayuno. Y ni el frío, ni la falta de sueño, ni el cansancio, abatían el ánimo de los futuros autores. Pero, en el teatro, se necesita más vocación para estrenar las comedias que para escribirlas.

Vencidas las dificultades técnicas, lograda, en fin, la obra, quedaba a los Quintero la prueba más dura: el acceso a los escenarios.

Los muchachos, con su comedia bajo el brazo, comenzaban a recorrer los camerinos de los actores. Humildemente vestidos, los zapatos rotos a veces, los modales tímidos, se presentaban a los astros de Talía, con una súplica y una esperanza. En algunos teatros ni los escuchaban; en otros, dábanles buenas palabras y lejanas promesas, y no faltaba empresario que les dijese:

—A estas comedias les falta carne...

Es posible que tan sutil deducción se la inspirase la presencia física, desmedrada y endeble, de los dos muchachos sevillanos.

—Si no comen,—pensaría el inteligente empresario—¿cómo va a haber carne en sus comedias?...

El teatro tiene sus ventajas, —la popularidad, la riqueza y la gloria—y sus inconvenientes. De ellos, acaso sea el peor el que un escritor de positivo mérito, haya de someter su obra al criterio, generalmente cerril, de un empresario o de un actor.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero volvían a su casa, tras otra tentativa infructuosa, con una ilusión menos y una negativa más. Ambos se revelaban justamente contra la «opinión» de aquellos analfabetos ilustrados. Comprendían la humillación que supone

para un hombre de talento el que un tonto se considere con capacidad para juzgarlo.

¿A qué escribir más?—reflexionaban, descorazonados.

Pero los Quintero tenían en sí mismo, sin saberlo, el factor primordial del éxito: la voluntad de vencer.

Y, con renovada fe, reemprendían su labor, dispuestos a no cesar en su empeño; mas, el estreno ansiado no llegaba; tal vez no llegase nunca...

Un aliento tuvieron los famosos autores, tan eficaz como el triunfo mismo: el de su familia. En aquella casa, desde los padres a las hermanas, todos, creían ciegamente en el talento de los dos muchachos. Y, el aplauso familiar amortiguaba los fracasos y les daba fuerza para proseguir, sin desmayos, la lucha, que en el teatro es un camino casi vertical e inaccesible.

Asombra pensar que Serafín y Joaquín escribieran antes de que les llegara la hora del éxito, ¡cincuenta comedias! que no estrenaron nunca, y que, al cabo de los años, durante los tristes días de la guerra civil, en Madrid, hubieron de quemar, para calentarse las manos, ateridas de frío: ¡las mismas manos que las escribieron!... Y es que, a veces, el hombre se ve obligado en la vida a destruir aquello que alentó con mayor fuerza en su alma.

Entonces, lejano aún el triunfo, la familia y algún que otro amigo íntimo de los Quintero se reunían en el comedor para escuchar la lectura de sus comedias. Desde las primeras que escribieron, Serafín encargóse de leerlas, mientras Joaquín se limitaba a escucharlas, como si quisiera pasar inadvertido.

Serafín era un lector maravilloso; hasta el punto de que daba a los actores la pauta de cada papel e incluso los matices de voz de cada personaje. Una lectura suya venía a ser casi una representación. Joaquín, entre tanto, perdido en la penumbra de algún rincón, observaba atentamente el efecto que la obra causaba al auditorio, sin que nadie sospechara que uno de los autores espiaba los menores gestos y analizaba las impresiones que la misma producía.

Sometida la comedia a la severa crítica familiar, se modificaban escenas, e incluso actos enteros, y, al cabo de innumerables tentativas, paso a paso, y escalón a escalón, lograron desvanecer las sombras, y que se les abriesen de par en par las puertas de los teatros.

La familia de los insígnis comediógrafos era netamente quin-

teriana; en muchas de sus obras aparecen sus hermanas y se descubren escenas familiares, rasgos personales de la madre o del padre, o detalles substancialmente autobiográficos.

Los autores, consagrados ya, reciben un día en su casa a un loro, con una tarjeta de presentación, como si se tratara de un personaje. —Este señor desea tomar el chocolate con ustedes—, dice el ignorado remitente.

Y aquí se manifiesta el buen humor de la familia quinteriana: María Jesús, la más pequeña de las hermanas, que canta flamenco con mucho estilo, acompañándose de la guitarra, le enseña al loro unas soleares, que el gracioso animal entona lo más garbosamente que puede. Y es que en aquella casa, en la que todo es sevillanismo puro, hasta el loro resulta andaluz. Y tanto se penetra con el ambiente, que, cuando oye cantar a su maestra, lanza un ¡Ole! gitano, de la más pura cepa.

Ese optimismo, sano y alegre, juvenil y risueño, fué una luz que no faltó en el hogar quinteriano, en el que se sobrepuso la risa esperanzada al pesimismo.

Al menor conato de triunfo, Serafín y Joaquín entraban en su casa rebotando entusiasmo; se acercaban a la mesa, y, medio en serio, medio en broma, exclamaban:

—¡Hay motivos!

—¿Para qué— preguntaba la madre, extrañada.

—Para traer una botella de sidra.

—No, no...—negaba aquella, pensando en el presupuesto familiar.

Las hermanas palmoteaban gozosas; y, sometido el asunto a votación—se trataba del posible estreno de una obra—brindábase por el problemático éxito.

El sainete, o la zarzuela, a pesar de todas las promesas, no llegaba a estrenarse; pero, si se estrenaba, creaba a los jóvenes autores un grave conflicto: ¿cómo presentarse a escena?... ¿con qué ropa?...

En «La Vida Intima», nos pintan los apuros que ellos mismos pasaron para resolver tales conflictos, de los que, por milagro de la Providencia salieron victoriosos.

Llegó, al fin, el momento soñado: «El Ojito Derecho», «La Reja» y «La Buena sombra», les puso el triunfo en las manos. «Clarín», elogió sin reservas, el talento y la originalidad de los autores sevillanos, y, a partir de entonces, Serafín y Joaquín estrena-

ron ya todas sus comedias, sin previa censura. Tanta seguridad depositaron en ellos, los mismos directores y empresarios que en otro tiempo rechazaron sus originales. ¡Así es la vida!...

El éxito obró el milagro de dar fe a los que no creían; y el desdén, la indiferencia y la burla, convirtiéronse en aplausos, halagos y honores.

La mayoría de los hombres necesitan ver, para creer; tocar, para convencerse. Son muy pocos los que, con un criterio propio, entienden que el triunfo no es más que el reconocimiento del valor ignorado, y la gloria una sombra, que se ilumina de repente.

EL TRIUNFO

Con el éxito les llegó a los Quintero la fama, la riqueza, y... la envidia.

El triunfo, en el teatro, somete al autor a una de las pruebas más duras que puede soportar un hombre de fina sensibilidad: la incomprensión de la crítica y el encono de los fracasados.

Por si fuera poco, se suma a ello el recelo de los autores oficiosos, la mala fe de algunos críticos y la inconstancia y falta de seriedad de empresarios y actores. ¡Un panorama completo!...

¡Qué distinta es la gloria teatral vista desde el patio de butacas, a la que se contempla entre bastidores! En el escenario triunfan la gracia, el talento y el arte. Dentro luchan todas las pasiones que envilecen al hombre: la vanidad de actrices y actores, las apetencias de los empresarios, que, según va la taquilla, así acogen al autor, la desconfianza y el veneno de los comediógrafos, los mil incidentes inesperados y temidos siempre, que ocurren, telón adentro, y que provocan en el desgraciado autor una especie de taquicardia crónica. Y, aparte de esa zozobra constante, los alfilerazos de la crítica, las reacciones del público y los mordiscos de la envidia... porque una de las cosas que peor sobrellevan los hombres es el triunfo de sus semejantes.

Cuando el futuro se iba definiendo claramente para los Hermanos Alvarez Quintero, estos, animados por sus éxitos, no vacilaron en abandonar sus destinos. De allí en adelante,—se dijeron—solo serían comediógrafos. Sus compañeros de oficina, al conocer tal decisión, la juzgaron temeraria y suicida.

Otros, se burlaron a espaldas de ellos de sus ambiciones; pero Serafín y Joaquín no prestaron oído a la habitual sensatez de los

mediocres; se habían propuesto alcanzar la fama, y, costara lo que costase, acabarían conquistándola.

Muchos años después, en la plenitud de su gloria, los Quintero recibirían más de una carta de aquellos compañeros que dudaron de su talento, lamentando el estancamiento en que se quedaran, y solicitando la influencia y el favor de los insígnies autores.

Pero esa envidia pequeña es una flaqueza humana disculpable. La gloria teatral, en cambio, suscita la enemiga, enconada y feroz, de los pobres de espíritu, de los que fracasaron en la escena o en la vida, y de los que, sin motivo ni causa, odian al que triunfa, por el solo hecho de su propia victoria.

Raro fué el estreno de los Quintero a los que no asistiera esa gente que en el «argot» de la farsa se llaman «reventadores», y que acuden al teatro con el piadoso propósito de cargarse la obra y silbar al autor.

En cierta ocasión, como el público aplaudiera calurosamente a los autores sevillanos, después de un feliz estreno, un espectador se revolvió, iracundo, contra el público:

—Esto es intolerable,—gritó—. Son ya más de veinte éxitos seguidos. ¡No se puede consentir!...

Y creyendo tener razón, exteriorizó con los pies,—¡era el medio natural de expresión en él!...—su protesta.

Nadie piensa, porque o no se sabe o se toma en cuenta, en las penalidades que ha de sufrir un escritor hasta conquistar la gloria. Es un lastre que se arrastra ya toda la vida. Muchas veces descubrí en los ojos de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero esa mezcla de tristeza y de indiferencia que dejan en el alma las amarguras y los desengaños.

Dura fué la lucha; sin embargo, ellos mismos dijeron que no representó nada comparada con el calvario que les hizo pasar el triunfo.

Si los autores tomaran al pie de la letra lo que les dice parte de la crítica, romperían la pluma y quemarían sus obras. Los libros, como dijo agudamente Armando Palacio Valdés, no son monedas de cinco duros que gustan a todo el mundo.

Yo he leído con detenimiento la mayoría de los comentarios que sobre la labor quinteriana se han escrito, y me he preguntado, perplejo, cómo era posible que pudieran sustentarse cosas tan... pintorescas.

Los ilustres sevillanos dedicaron en un principio a sus exégetas diversos epigramas, dignos de divulgarse. He aquí uno, no exento de gracia:

«¿Entremés mi drama es,
sin asunto, sin grandeza,
sin fuerza y sin interés?...
¡Ay Zoilo, cuánta simpleza!
¿A que va a ser tu cabeza
la que resulta entremés?...»

Es difícil explicarse la disparidad de los críticos; lo que uno elogia, lo censura el otro; lo que para éste es bueno, es malo para aquél. ¿A qué carta quedarse?... piensa el autor, desorientado.

Los Quintero, con su habitual gracejo, escribieron a este respecto la siguiente «sentencia fisiológica»:

«La vida es triste y larga
como cara de un crítico en estreno,
cuando con aire torvo y boca amarga
no sabe ver lo malo ni lo bueno,
¡porque el autor le carga!...»

Los críticos se ensañaron de tal modo con los Quintero, que éstos, dolidos por la injusticia con que se les trataba, resolvieron no volver a leer jamás ninguna reseña de sus estrenos.

«Chantecler» llegó a decir de «Amores y amoríos», preciosa comedia que ha quedado de repertorio en el teatro, lo que sigue:

«Un pequeño defecto tiene, a mi juicio, esta obra: sobran en ella el segundo, el tercero y el cuarto acto». Y para que su criterio sea favorable en todo, intenta destruir con sus razones cuanto sucede en el acto primero

Otros gacetilleros hasta se enfadan con los autores porque éstos, alentados de una noble ambición, quieren llevar a su teatro el elemento poético o la tesis trascendental.

«Déjense de semejante pretensión—claman los jueces—y concrétese a hacernos reír, que es la única obligación que han contraído con el público».

Hay quien les niega la gracia e incluso el ingenio. Tamaña falta de generosidad, de comprensión y de buena fe, amargó la gloria teatral de los Quintero y amortiguó la alegría de los aplausos que el público les tributaba.

Ya en el final de su vida, Joaquín Álvarez Quintero, que aportó al acervo común nuevas comedias, de su solo cuño, en las que, no

obstante, seguía figurando la firma de Serafín, sintió nuevamente la curiosidad de leer los comentarios que sobre sus obras se escribían. Las dentelladas de la crítica hirieron vivamente su fina sensibilidad, y, más de una vez, nublaron de lágrimas sus ojos.

El insigne autor acababa sobreponiéndose a su emoción, y en un rasgo de humorismo, no libre de amargura, compuso éste otro epigrama, en el que aludía a cierto crítico temible:

«Payaso triste, las balas
que con tu hiel envenenas,
no le alcanzan a mis alas.
Yo escribo comedias buenas
y a tí te gustan las malas.»

*
**

El novelista tiene sobre el comediógrafo una ventaja: la de ofrecer al lector su obra sin necesidad de escuchar su fallo; en cambio el dramaturgo la somete a la consideración de un público que emite su juicio en forma inapelable.

Los espectadores que asisten al estreno de una comedia ignoran el amargo trance por el que pasa el autor. Su fracaso o su éxito dependen de la reacción del público; una risa, un aplauso, un murmullo de aprobación, bastan para calmar su ánimo; una protesta, el silencio, o la frialdad, lo desmoralizan.

Cuando el fallo es justo, el comediógrafo se ve obligado a admitir tristemente su error; nada duele tanto a un escritor como que le rechacen su obra, que se gestó en el pensamiento y con el alma; pero a la amargura se suma la indignación, si comprende que el fracaso obedece a la envidia de sus enemigos. En el teatro es frecuente organizar un pateo en toda regla, a fin de convertir el posible éxito en verdadero desastre. Los móviles, distintos en apariencia, obedecen siempre a un propósito mezquino. Con ocasión del estreno, en Apolo, de «La Reina Mora», aparecieron pasquines en todas las esquinas, diciendo: «Los Quintero pertenecen a la Sociedad de Autores; hay que patear la obra».

No obstante la consigna, Serafín y Joaquín se mantuvieron firmes. «Estos niños, —dijo un crítico la noche del estreno— son «los reyes del valor»...

Ante los reiterados ataques que sufrían, los autores tuvieron que salir en su propia defensa, aclarando lo que ellos entendían por público.

«Para nosotros el público no es el de una noche determinada, —la noche del estreno— sino el de muchas noches, —confesaron.

«¿Aceptamos nosotros el fallo del público de los estrenos? Cuando nos oye y nos juzga con atención, siempre; cuando nos condena sin oírnos, nunca. ¿Por qué? Porque una dolorosa experiencia nos lo aconseja así».

Y para convencernos nos cuentan que «El mal de amores» fué ruidosamente rechazado, sin escucharlo, en el teatro de Apolo la noche de su debut. A la noche siguiente, en el propio teatro, fué calurosamente aplaudido.

«Las Flores», comedia en tres actos, se pateó y maltrató la noche de su estreno, por un público que empezó a murmurar, a toser, a gritar y a rugir en los comienzos del acto segundo. No dejaban oír nada; las frases se perdían; los donaires pasaban sin escucharse... Estábamos desolados».

El escándalo, en suma, fué mayúsculo. Sin embargo, la comedia triunfaba al siguiente día, quedaba de repertorio en el teatro quinteriano, y se traducía y representaba en diversos países del extranjero.

Hubo también fracasos rotundos, en los que no cabía paliativo alguno; pero, al cabo del tiempo, las comedias de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero recorrían triunfalmente casi todos los escenarios del mundo, de victoria en victoria.

Y con el éxito definitivo, indiscutible, llegaba también el halago de las mujeres. —¡tan susceptibles al brillo de la fama!— la admiración y la popularidad de las gentes, y la fortuna. Una fortuna considerable, ganada a pulso, fruto exclusivo de su talento, que convertía a los humildes muchachos de sus comienzos en opulentos millonarios.

Esa fué para los Quintero la compensación del triunfo: popularidad, gloria, riqueza y... mujeres. Mujeres que inspiraron a los insignes autores las mejores heroínas de su teatro y que dejaron en sus almas una influencia bienhechora unas veces, y un sedimento amargo otras; porque, para los escritores, la mujer viene a ser siempre, cuando menos, un motivo literario, y un elemento humano aprovechable en su obra...

EL HOMBRE

Si Serafín era la vehemencia, Joaquín era la serenidad.

Es curioso observar cómo en esas dos vidas paralelas, que

emprendieron unidas el mismo camino y simbolizaron idénticos afanes en dos barcos veleros, existía un contraste singular. Había de común en ellos la bondad, la rectitud y la hidalguía, ya que uno y otro supieron ser en el transcurso de su existencia dos grandes señores, y conservaron hasta el último momento una elegancia espiritual invulnerable. Pero cada uno ofrecía una diferencia difícilmente perceptible a los que no los trataron muy de cerca.

Si a Serafín el impulso, el arrebató y la pasión lo dominaban, Joaquín tenía, en cambio, sobre sí mismo, un dominio espiritual sorprendente. Los amores dejaron en el alma de Serafín dolorosas huellas, que le afectaron profundamente; Joaquín, por el contrario, supo sobreponerse a las pasiones con una entereza y una calma increíbles. Y el caso es que había en ambos la misma propensión afectiva, semejante inclinación a la entrega generosa y desinteresada.

Quien los conociera superficialmente podía creer que Joaquín era, dentro de su proverbial cortesía, un hombre reservado, que permanecía en la sombra, como relegado a un segundo plano por la palabra cálida y brillante de Serafín, por su simpatía arrebatadora y su cordialidad absorbente. Sin embargo, toda la vitalidad exterior de Serafín se traducía para Joaquín en vida interior. Por eso precisamente se hallaba siempre un poco ajeno a todo, descentrado, absorto en sus creaciones, preocupado por el ir y venir de sus personajes, soñando despierto... Y ese mismo aislamiento, esa fiebre creadora, le hacía, aun sin quererlo ni proponérselo, estar por encima de la realidad cotidiana; podría afirmarse que contadas cosas le afectaban y que tomaba muy pocas en consideración. Lo que a su hermano le ocasionaba un serio disgusto, tal vez porque agrandaba los hechos, a él hacía le sonreír con cierta ironía desdeñosa.

Serafín daba la sensación de un hombre fácilmente irritable; y, a pesar de ello, era bondadoso y paternal en la intimidad. Joaquín parecía a su vez un hombre blando por demasiado sensible, y en realidad era duro y sufrido para el dolor. Un ejemplo nos lo demuestra. Con ocasión de un accidente de automóvil se partió una pierna en El Escorial. Al efectuarle la primera cura intentaron los médicos anestesiarlo, a lo que se opuso; la resistió, por tanto, valerosamente, y con tal impasibilidad, que el doctor que le asistía, dándose cuenta de ello, le dijo:

—«Grite usted, por favor».

—«Para qué?»—respondió el insigne autor—. Mi madre está en la habitación de arriba y podría oírme».

En aquella estrecha colaboración y aquella fraternidad entrañable que unía a los hermanos Alvarez Quintero, Serafín representaba la acción, la previsión tutelar, el impulso rector, el dinamismo. Joaquín, por su parte, encarnaba el genio creador, que no da paz ni tregua a sus concepciones. Y mientras en Serafín hay una ternura vigilante, acogedora; mientras en su casa guarda para todos una afectuosidad extremada y desempeña hasta cierto punto el papel de padre, pasea por los pasillos monologando, ensimismado, desligado de las cosas pequeñas, ideando escenas y comedias con una fecundidad asombrosa...

En este sentido, Joaquín es unilateral; le absorbe y obsesiona la labor creadora, y esta pasión es tan poderosa, que no hay en su vida ninguna otra pasión que la supere. Su cerebro es un horno que no descansa, y aunque en él trabajan ambos autores en una colaboración efectiva, es Joaquín el que mantiene encendido el fuego del entusiasmo y el que arrastra a Serafín al género teatral. En Serafín había un verdadero poeta lírico; en Joaquín un comediógrafo,

Uno y otro planean sus comedias, y, ya de mutuo acuerdo, se encierran en su gabinete de trabajo y plasman en las cuartillas sus pensamientos. Joaquín dicta; es el que lleva la voz cantante; Serafín escribe. Discuten ambos las situaciones, analizan la línea psicológica de los personajes, y brota el diálogo, primoroso, lleno de gracia, de lozanía y de ingenio. En Serafín prevalece la fuerza dramática, el sentimentalismo; en Joaquín la ternura y la comicidad. El primero, por temperamento, tiende a lo melancólico, a lo emotivo, a lo serio, sin que excluya por ello el buen humor; el segundo se inclina a lo festivo, a lo alegre, sin que olvide el lado conmovedor y humano de las cosas; pero en los dos se funden estas cualidades hasta lograr una armonía perfecta.

En su primera juventud uno y otro experimentan la inquietud del matrimonio. Serafín se casa a los treinta y tres años, en un gesto romántico. Joaquín permanece soltero a lo largo de su vida. El mayor queda viudo a los tres años, y siempre sentirá ya la nostalgia de un hogar. Joaquín ama la libertad y se muestra encantado con su soltería. Y he aquí que, por raro contraste, aunque Serafín parece más sociable que su hermano, porque es más comunicativo y cordial, en el fondo es más retraído que Joaquín.

que aparentando ser más serio y esquivo apetece las relaciones sociales.

Los desengaños amargan y sublevan a Serafín; a Joaquín lo entristecen sin alterarlo, y, ambos, en fin, acusan a través de sus reacciones, una personalidad dispar, anverso y reverso de un mismo medallón, que estuvo siempre unido en el afecto y en la gloria literaria.

LA OBRA

El hombre cruza por la vida—no en vano se ha dicho que nuestro paso por el mundo es solo un tránsito—con la secreta aspiración de no morir, de eternizarse en algo o en alguien. Esa ambición,—¡tan humana!—es común a todos, pero para los grandes escritores equivale a una obsesión.

Se dice que los padres ven continuada su vida en la de sus hijos; un escritor cifra su afán de inmortalidad en su propia obra. Los hijos reproducen muchas veces los rasgos físicos y morales de los padres, pero, en una comedia, en un libro, en unos versos, el escritor eterniza la verdadera esencia de su vida: su espíritu.

La obra literaria, cuando alcanza, como la de los Quintero, la cumbre de la gloria humana, guarda siempre vivo el perfume. ¡Parece increíble que en las líneas impresas de un libro se esconda un sentimiento cálido, una pasión ardiente o una gracia fina y alada... El milagro de la inmortalidad es privilegio del artista, que lo coloca en un nivel superior al de sus semejantes. Muere el hombre, más queda perenne su obra. Acaso este triunfo, que llega cuando el autor no existe, y no puede, por tanto, enorgullecerle, sea el más ambicioso al que aspire el hombre.

La pervivencia de la gloria literaria son el admirador, el erudito, el amigo, el investigador o el crítico los que contribuyen a que no se marchite. El hombre necesita siempre del hombre; por eso es generoso el hecho de que haya escritores que, por fervor a un autor o a una obra, mantengan encendida la antorcha del entusiasmo.

Los españoles somos apáticos, volubles, y, por lo general, poco amantes del Arte. En Inglaterra, en Francia, en los países nórdicos sobre todo, un escritor es un ser superior, privilegiado, que suscita el respeto y la admiración de las gentes. Aquí, —¡quién sabe si por esa familiaridad excesiva que preside en todo la vida

española!—nuestros grandes hombres apenas alteran la habitual impassibilidad de nuestro pueblo.

Decía Victor Hugo que, en Literatura, el único medio de tener razón es haber muerto.

Acaso esto no ocurra siempre, pero lo más frecuente es que suceda. Cuando la lejanía desvanece los perfiles humanos de los hombres famosos, y sus obras se estudian sin el apasionamiento de la actualidad, y, sobre todo, sin los prejuicios del momento, las cosas adquieren a la luz del análisis su verdadera valía; cobran su fisonomía propia, se descubren sus defectos,—porque es raro que las creaciones humanas alcancen la perfección absoluta—y se aquilatan serenamente sus méritos.

Pocos autores habrán sido tan combatidos como los Quintero, que infundieron a la escena española nueva savia, y renovaron con sus comedias la enrarecida atmósfera de su tiempo.

Yo he dicho que los Quintero son el Lope de Vega de su época. Y sé que esta afirmación parecerá exagerada a algunos; más estoy seguro de que algún día habrá que reconocerse así.

La obra teatral de los Quintero, que tiene una honda raigambre clásica, se caracteriza por su humanidad, por su ternura, por la difícil maestría con que pintan los más opuestos personajes y ambientes, por su valor poético, por su gracia fina y punzante, por su ingenio, por la viveza y fluidez de sus diálogos.

El teatro quinteriano no es solo la comicidad más o menos acentuada y somera del sainete, o la breve pincelada del entremés, en el que únicamente destacan los rasgos más acusados de unos tipos o el colorido de unas costumbres, sino la nota humana, viva, amarga muchas veces, y llena de conmovedora ternura casi siempre, de «Malvaloca», de Gloria, la heroína de «Cabrita que tira al monte», de Pepita Reyes, de Nena Teruel,—verdadero acierto femenino—de Cristalina, de «La Zagala», de «La dicha ajena», y de otras muchas comedias en las que, junto a la alegría de la sonrisa, percibimos, envuelto en suave melancolía, el dolor, la pasión, la tristeza, los desengaños, las lágrimas; y en el extremo opuesto de la balanza, el optimismo, la esperanza, la risa, la alegría de vivir.

Porque, así como en otros autores el dolor se sobrepuso a todo, en los Quintero triunfó la alegría. Lo curioso,—ya lo he dicho antes—es que al principio sus comedias eran tristes y amargas. El escritor pinta siempre la vida a través del prisma que la con-

templa. El dolor pesa mucho en el alma. El éxito, también; hasta el punto de desvanecer las nieblas que la entristecían. Por eso luego, las comedias quinterianas se tornaron claras y luminosas. Y es que el hombre, cuanto más vive, mejor entiende que la vida, por ser precisamente amarga, hay que embellecerla y llenarla de alegría y de risas, aunque solo sea en la ficción de un escenario.

Únicamente por ese rayo de sol que los Quintero llevaron a su público, merecen la gratitud y el recuerdo; si su obra no fuera digna también de esa luz que sigue brillando a través del tiempo, como una promesa de inmortalidad.

